

sando y esparciendo sus huestes, y dejando por todas partes como una huella inestinguible de lágrimas y sangre en pos de sus terribles correrías. Los romanos, á su vez, habian advertido que aquellos pueblos formaban dos grandes confederaciones que unidas podian caer como un inmenso témpano de hielo sobre el altar donde ardia el fuego de la vida del mundo, y para evitarlo, Druso se arrojó con sin igual esfuerzo entre ambos pueblos: empresa temeraria, porque era difícil, si no imposible, cortar la corriente de aquellas razas; empresa, en la cual tuvo que contenerse porque un instinto superior le decia que allí podia perder sus gigantes alas el águila romana. Y el peligro era tan cierto, que un dia Varo quiso arrojarse á enfrenar aquellas feroces tribus, y todos sus soldados perecieron en la demanda; desgracia horrible, que heló á Roma, que derramó espanto y terror en todos sus habitantes; que afligió de tal suerte al emperador, que al saberlo quiso, en un rato de dolor, estrellar su frente contra las columnas de su palacio. Un hombre extraordinario, un bárbaro de elevado pensamiento, abrazó en su mente la idea colosal, gigantesca, de unir aquellas razas de disciplinarlas, pero como esta idea era contraria al espíritu y al carácter de los pueblos germánicos, fué asesinado; y asesinada en él la gran liga de los bárbaros. Lo cierto es, señores, que la reina de las naciones no podia gozar en paz sus victorias, mientras temiese ver á cada instante apareciendo sobre la cumbre de los Alpes como furias evocadas del Averno, aquellos hombres sangrientos, feroces, cuyos aullidos atemorizaban al mundo. Germánico habia conseguido grandes victorias sobre estas indómitas razas; pero la política de Tiberio le arrancó á sus triunfos, por miedo de que una gloria tan grande eclipsara su poder: que los celos son la enfermedad de los tiranos. Tiberio seguia con los bárbaros su política astuta; porque aquel hombre no habia nacido para las grandes empresas, sino para llegar como la serpiente por caminos tortuosos al cumplimiento de su voluntad, al término de sus deseos. Así es, que viendo que con la guerra echaba un cebo al furor de los germanos, mandó á sus legiones pasar el Rhin, aposentarse en la ribera opuesta, velar sus armas, y aguardar allí á que las razas bárbaras no teniendo un enemigo comun y poderoso á quien combatir, volvieran contra sí mismas sus armas sedientas de sangre, y evitaran así á Roma el trabajo de sostener un eterno combate en aquellos umbrosos bosques. Calígula, que todo lo fantaseaba y exageraba, en un raptó de locura, creyéndose un general como César, llevado de ese amor á lo imposible, que era su en-

fermedad, quiso atajar el paso á los germanos, se armó de todas armas, atravesó los Alpes, se dirigió á las Galias, arrojó al viento palabras de guerra, de ira, de entusiasmo, fingió que iba á volver al Capitolio con los capitanes de aquellas razas encadenados á su carro; pero, como en medio de estos alardes, le sorprendiera la noticia de que los germanos habian atravesado el Rhin, se espanta, no sabe dónde esconderse trata hasta de fletar un barco, para que le llevase á Oriente, léjos, muy léjos de los bárbaros, porque ni Roma le parecia un asilo seguro á su terror. Claudio no imitó la conducta de Calígula; antes restableciendo la antigua política de Tiberio, mandó á sus capitanes que no acometiesen á los bárbaros, y que los dejaran desgarrrarse mutuamente, sin mas que velar por la seguridad de las orillas del Rhin. Y mientras Roma seguia esta política, los bárbaros se acrecentaban, sus huestes se apercebían con una continua disciplina á grandes combates, y ávidos como todos los pueblos nómadas, que aparecen privados del natural amor á la patria, ávidos de hollar nuevas regiones, y respirar nuevos aires, soñaban allá en el fondo de sus bosques sombríos y de sus pantanos, con una tierra dulce, tranquila, hermosa, cubierta de flores, cargada de riquezas, muellemente reclinada á orillas de un mar apacible y sereno; ornada con todas las riquezas y todas las maravillas del arte; tierra, que destilaba vino y miel, y tenia hermosísimas mujeres y hombres débiles y afeminados; tierra, que al ver la espada de los bárbaros relucir como centella sobre las cumbres de los Alpes caeria sin fuerzas sobre su lecho de rosas. Tal era el pensamiento que Dios habia depositado con su soplo inmortal en aquella raza, para renovar la vida del mundo, y continuar la trama nunca interrumpida de la historia.

Pero no era el Rhin la única puerta por donde la barbárie amenazaba á Roma; el Danubio tambien escondia tras sus riberas pueblos bárbaros, que estaban, nuevos ciclopes, forjando en sus yunques rayos contra la reina de las naciones, rayos, cuyas chispas se veian brillar como una perpetua amenaza del cielo en tan oscuros y dilatados horizontes. Un hormiguero de pueblos inmensos se extendian de un lado á otro del Danubio, recostados muchos de ellos en las vertientes de los Alpes, otros perdidos en los pantanos y en los desiertos, los mas ocultos en desiertos inexplorados é inexplorables, donde el romano temia encontrar terribles rotas como Varo las habia encontrado en la Germania y Craso entre los Parthos; de suerte, señores, que de aquellos pueblos solo se tenian las noticias dadas por los historiadores grie-

gos, que los pintan feroces, indómitos, incapaces de toda disciplina, avezados al peligro y á la guerra, amantes de su libertad fiera y salvaje, constituidos en pequeñas tribus, adoradores de la naturaleza, con un sentido religioso bastante puro; dejándose llevar, sin embargo, de la magia, del sortilegio, y de los conjuros; y tan atrevidos que cuando el cielo se cubria de nubes, y el aire se cargaba de tormentas, y el granizo cubria sus campos, y el rayo despedazaba sus encinas, en medio del fragor universal que produce naturaleza en estos grandiosos estremecimientos, se lanzaban al huracan, y asestaban sus flechas y sus dardos al cielo, desafiando orgullosos y airados al Dios de las tempestades. Estos pueblos se dividen en varias naciones; los Ilirios, los Tracios, los Dálmatas, los Dacios y los Getas. Un dia se levanta entre ellos un hombre extraordinario, que lleva en su frente la eleccion del destino, en sus manos la espada de la victoria, en su pecho amor inmenso á aquellas razas, y como si presintiera el gran proyecto que mas tarde habia de cumplir Atila, llama en su auxilio la magia, se reviste de resplandores celestes, levanta á su lado un oráculo, invoca lo extraordinario y lo maravilloso, y por un instante logra someter á un yugo comun aquellas razas, y levantar casi una Roma bárbara en frente de la Roma civilizada; pero aquellos pueblos cegados un instante por un fugaz relámpago de gloria, y cediendo pronto á sus naturales inatintos, que los llaman al aislamiento, hieren á su señor, sirviendo de esta suerte á sus eternos enemigos. Sin embargo, en estas razas nunca se agota la vida, y siempre se levantan algunos hombres extraordinarios. Roma habia escalonado en la cima de los alpes, y en las orillas del Danubio legiones, que sirvieran como de límite al encrespado mar de la barbarie. Pero en algunas ocasiones, no pudiendo los bárbaros del Danubio sufrir las depredaciones de aquellas huestes, se levantaban feroces en armas contra su poder. De esto nos dan elocuente testimonio los tiempos de Domiciano. Decéballo, jefe de los Dacios se sublevó contra el emperador. Este abandona á Roma, se dirige á los Alpes, llega á las orillas del Danubio ansioso de guerra y de venganza. Pero los que lanzaban sus flechas contra el cielo airado, mal podian temer la ira del hombre. Resisten, y resisten heroicamente á todas las huestes, que contra ellos manda Roma. Sin embargo, estos pueblos, cuando al primer empuje no han vencido, fácilmente se desmayan y vencen. Decéballo manda á pedir la paz, y Domiciano rehuye concedérsela. Entonces los Marcómanos se sublevan, el emperador quiere llevarles la guerra y pide al jefe

de los Dacios la paz, que él mismo habia rehusado. Entonces el emperador, el que se habia creído un Dios y habia cubierto el Capitolio de victimas consagradas á humear en sus sacrificios, el que tenia en sus manos el timon de la tierra, y en su cabeza la corona de todas las razas, el que veia en el polvo á sus plantas las naciones mas beliciosas, los iberos, los egipcios, los persas, los medas, los galos, todos los pueblos mas indómitos; ese hombre con toda su divinidad, con toda su fuerza, con todo su poder; cuando los bárbaros le miraban con terror, y hasta en los últimos límites del mundo se pronunciaba con miedo su nombre; se hace tributario del rey de los Dacios, rey pobre, oscuro, semi-salvaje, y le manda barras de plata, y le pide infamemente la paz, y despues vuelve á Roma y consigue el triunfo, por haber infamado su gloria, por haber vendido su dignidad, por haber quebrantado su incontrastable omnipotencia; y ¡oh mengua! el Senado le concede la corona de laurel, el pueblo le acompaña con sus aplausos, y los poetas cantan sus victorias, y hasta los sacerdotes le queman el incienso guardado ántes á los Dioses; tristes señales, en verdad, de la ruina de Roma.

Aún habia otros pueblos mas bárbaros. Dios tenia enfrenados todos estos pueblos, porque no habia sonado aún la hora de la descomposicion y ruina del mundo antiguo. Mas allá del espacio, que ocupaban los Getas, dilatándose hasta Palus Meotides, se estendian otros pueblos, de ménos unidad que las razas del Danubio, de mas barbarie é independencia que las razas del Rhin. Herodoto ha dejado una descripción viva y animada de los escitas, de este pueblo salvaje, que habia de castigar á los romanos. Criados en chozas de paja, viviendo como las fieras abandonadas á su instinto, engendrados al fragor de la guerra y los combates, sin mas Dios que un hierro mohoso y sangriento puesto sobre una pira; montados siempre en sus caballos indómitos é impetuosísimos; devorando carne cruda y fresca, bebiendo la leche de alimañas salvajes, librando sus fétidos licores en los cráneos de sus enemigos, llevando siempre á su lado las cabezas cortadas en los campos de batalla, envueltos en las pieles de victimas humanas adobadas de una manera desconocida y extraordinaria; estos escitas guardaban en la inmensa soledad de sus dominios el castigo del mundo antiguo, y así eran feroces, apegados á sus negras tradiciones, pues á los horrores que hemos recordado reunian el sacrificar los prisioneros de guerra en las aras de su sangriento Dios, y matar familias enteras de siervos sobre la tumba de sus reyes y de sus prin-

cipes. Y cercanos á estos pueblos se alzaban tambien los piratas del Cáucaso. Estos hacian unas barcas particulares cubiertas, y en ellas se arrojaban á las ondas, cuando mas arreciaba la tempestad y do quier el viento los impelia, allí ejercitaban su rabia y su furor, volviéndose á sus cavernas cargados de despojos. Roma, en realidad, nada podia temer de estas razas, porque para llegar á sus muros tenian que atravesar muchos pueblos tambien bárbaros, escalonados como un gran ejército que espera solo la señal y la hora del combate.

Pero, señores, ántes de concluir debo hacer una advertencia respecto á estos pueblos, que estimo oportuna, muy oportuna. Ellos habian de formar toda la trama de la historia moderna. En toda la civilizacion hay dos elementos; la unidad de la vida social y la variedad de la vida individual. Los pueblos germanos debian traer estos elementos, la variedad de la vida individual para que se viese que cada paso que da la historia es un paso hácia la libertad del hombre; y la unidad de la vida social, para que se viese que la obra maravillosa del Imperio romano de ninguna suerte podia perderse en una hora fatal para el mundo. La idea de la variedad de la vida, del individualismo, debian aportarla á la historia contemporánea los pueblos de las orillas del Rhin, los pueblos descritos por Tácito; al paso que la unidad social, la vida uniforme de la especie, debian representarla los pueblos de las orillas del Danubio, mas disciplinados, mas orientales, los pueblos descritos por Amiano Marcelino. De esta suerte preparaba Dios la trasformacion lógica y necesaria del mundo.

Pero es necesario estudiar otras regiones, que pertenecen mas por la historia, á los tiempos que voy narrando. Hablo de la Armenia. El monte Ararat, centro de esta region, era como el núcleo de todas las grandes cordilleras, que se esparcian por toda el Asia Menor. De sus montañas bajaban el Tigris y el Eufrates, esos rios que han guardado en su seno tantos misterios de religiones y de Imperios; y en sus aguas han arrastrado tantas lágrimas de pueblos y de esclavos. Estas regiones montañosas, pero de una situacion admirable, servian como de nido al espíritu poético de Grecia, para seducir á la raza semítica. Así es, que la sirena griega escondida en aquellos transparentes lagos y límpidos arroyuelos, entonaña sus cánticos para seducir al austero semita. Los hebreos, que á la vista de su templo no hubieran sido capaces de un perjurio, cuando se asentaban en las piedras de Armenia á reposar bajo sus cedros, y oian el cántico eterno del espíritu griego que habian dejado los Seléucidas encerrado en

aquella oriental naturaleza, embriagados de amor, prevaricaban y ponian en olvido el altar y el Dios de sus padres. Y como el espíritu griego, por una ley general de la historia debia filtrarse en las venas de Asia, para devolverle la vida que de Asia habia recibido, no pudiendo penetrar por las puertas del templo de Salomon cerradas á toda idea estraña, derramaba sus caudales en los desfiladeros de Armenia para que los pueblos asiáticos templaran su ardiente sed de lo infinito, en las mismas corrientes de su vida purificada por el maravilloso genio helénico. La Armenia habia sufrido varias trasformaciones en su historia. Los persas la sujetaron á su dominio, porque la espada de los persas era para aquellos pueblos como el cayado del pastor para sus ganados. Pero como la espada persa no podia sostener por mucho tiempo el hilo de la historia asiática, pronto aparece por aquellos valles y aquellos montes un nuevo conquistador, que lleva en su frente el sello de la predileccion del destino, y en sus manos cadenas de oro para amarrar el Asia, y en sus lábios palabras de amor para impregnar de un nuevo espíritu aquellos secos aires. Este hombre estraordinario se llama Alejandro. Despues quedan en Armenia por largo espacio de tiempo los Seléucidas, los sucesores de Alejandro, encargados de velar por la idea, que como un filtro de nueva vida habia llevado el conquistador al Asia. Mas tarde, en aquella larga y oscura historia del Oriente, la Armenia sufre grandes cambios y trasformaciones, ora entregada á los parthos, ora á Mitridates del Ponto, ora á otros pueblos y reyes, pocas veces á sí misma, á su autonomía, á su independencía. La Armenia habia de ser un campo de batalla para Roma. La ciudad eterna tenia á los Germanos del Rhin, á los Getas del Danubio, á los Parthos del Eufrates. Para sujetar á los Germanos habia menester las Galias, para sujetar á los Getas la Pannonia, la Iliria y la Tracia; para sujetar á los Parthos la Armenia. Y la razon de estos tres puntos de estrategia militar es sencilla; los necesitaba para tener en paz su dilatado Imperio, para libertar la civilizacion de las irrupciones de la barbarie. Y en efecto, los Germanos, blandiendo sus lanzas, sus espadas; los Getas, lanzando aullidos horrosos; los Parthos, montados en sus salvajes caballos, con el arco en la mano y el carcax á las espaldas, por un instinto ciego, por avidez de dilatar su vida y su Imperio, estaban siempre ansiando caer sobre Roma para pisotear sus diademas, fundir en el fuego de su ira aquella su tiránica espada y repartirse sus despojos. Y los Parthos especialmente, cuando poseian la Armenia, comenzaban con amena-

zar temibles las posesiones de Roma. Y en efecto, Artabano, rey de los Parthos, se posesionó de este país, y sacrificó impiamente á Tigranis, que habia abandonado el verdadero Dios, sí, el Dios de los hebreos, para recibir el antiguo espíritu de los Seléucidas. Pero en tiempo de Claudio, el ibero Mitridates se apoderó del trono de la Armenia. Mas bien pronto Rhadamisto, su sobrino, á quien Mitridates habia recibido como un hijo, le ahogó, y se posesionó del trono. Entónces los Parthos proclaman á Tiridates por rey de Armenia. Pero Corbulon, guerrero romano, dice que no consentia que príncipe alguno se sentase en el trono de Armenia, sin haber ántes con toda solemnidad recibido de manos del emperador romano su diadema. Reinaba en este tiempo Neron. Tiridates, convencido de que Roma tenia en sus manos el principio de toda soberanía, la fuerza y el origen de todo poder, se encaminó á la capital del mundo. Su viaje fué por tierra, y duró mas de nueve meses. Tiridates, montado en un caballo, partiése arrastrando por los campos su púrpura oriental, como para llevar á Roma en los pliegues de sus ropas átomos de polvo de todas las generaciones que Roma necesitaba para formar el cuerpo de la nueva humanidad. Acompañábale su mujer, cuyo rostro iba cubierto con un casco de oro, varios príncipes armenios, tropas de su raza, todo ese lujo que distingue al Oriente. Cuando llegó á Iliria le aguardaban carrozas de marfil que le condujeron á Roma; cuando entró por las puertas de la ciudad eterna, Neron, en traje de triunfo le acompañó, y el pueblo le siguió con sus aplausos y su entusiasmo; cuando llegó el día de su coronacion, un trono fué levantado en medio del Foro, el emperador vestido de púrpura y seda le cifó la diadema delante de todo el pueblo; cuando siguieron los festejos por tan extraordinario suceso, Neron, para celebrarlo, entoldó con púrpura el teatro, tocó la cítara como un farsante, corrió su carro en el circo como si fuera un gladiador; y cuando llegó la hora de volver al Asia, habiéndose embarcado en Brindis, los pueblos europeos de las orillas del Mediterráneo, las ciudades griegas, las islas cicladas y sicilianas le refirieron sus misterios, le mostraron sus oráculos, le admitieron en sus templos como si vieran en el viaje de aquel rey representada la armonía de dos civilizaciones enteras, la fusion de dos mundos enemigos, la unidad de la especie humana, que todos los pueblos buscaban intuitivamente en esta solemne edad de la historia.

Al lado de la Armenia, se levantaba el gran Imperio de los Parthos. Detengámonos un instante á contemplarlo. Los Arsácidas, sus

señores, hábiles en manejar el caballo y disparar el arco, reyes de reyes, ceñidos con las tiaras que habian llevado los persas, los medos, los babilonios; estendiendo sus dominios desde el Eufrates hasta el Indo; elevados al trono por los sátrapas, sus grandes feudatarios, y por tanto, dependiendo de la voluntad de estos nobles; siempre en la guerra y en la caza, entre festines bárbaros; amenazados de las luchas domésticas que traen consigo los serrallos y las dilatadas familias de los reyes orientales; concentrando la autoridad en sí, pero repartiéndola al mismo tiempo entre mil príncipes, que afilaban en silencio sus puñales para todo linaje de traiciones; menospreciadores del pueblo, que conducen al lado de su caballo á la guerra, y de cuya suerte no se curan; siempre refrenando las ambiciones, que se levantan entre las grandes cortes de sus nobles y de sus príncipes, llegan á componer un estado extraordinario, desconocido, en que se ve al lado del despotismo absorbente, incondicional, guerrero de los pueblos primitivos del Oriente, el feudalismo y el fraccionamiento de los bárbaros pueblos de Germania. Es inútil referir las guerras de estos pueblos con Roma, que nunca llega á domarlos; ni las guerras de estos pueblos entre sí, que se reducen á traiciones y serrallos, á venganzas inicuas, á continuas luchas, á tempestades de tormentas desencadenadas por los señores feudales, á remachar la servidumbre y esclavitud en el pueblo, dispuesto á darse la muerte por el mismo señor que le designan los nobles, sus eternos enemigos.

El Eufrates separaba el Imperio Romano del Imperio de los Parthos; pero sus orillas estaban plagadas de árabes, indómitos á todo yugo, indóciles á todo poder, amantes de la vida nómada, verdaderos bandidos derramados por los desiertos. Al Sur de la Palestina erraban los árabes Nabateos, enemigos de los reyes judíos, contra los cuales pedian proteccion á la señora de las naciones, á Roma. Cuando hoy el viajero recorre estos desiertos de las orillas del Eufrates, se espanta de ver en la tierra arenosa que habitaban esos bárbaros; tierra sedienta, ingrata, en que el suelo es infecundo, y el cielo como de bronce; restos de arcos, de columnas, de anfiteatros, de puentes, señales que indican que Roma tenia tanta vida en su pensamiento, que donde ponía el pié, hacia brotar grandes ciudades, venciendo y superando por su ciega confianza en su destino y en su genio, hasta la misma naturaleza. Cerca del Nilo se estendian los árabes nubianos poco temidos, porque eran poco guerreros. Pero al Sur, se estiende un imperio dilatado, rico en tradiciones históricas, enlazado por ideas

comunes y comunes recuerdos con el pueblo hebreo, antiguo amenazador de los Faraones, y en este instante que historiamos, próximo á posesionarse de la Arabia y de domeñar sus tribus salvajes; imperio, que la historia puede conocer, y estudiar bien poco, porque encerrado en su aislamiento apenas tenia parte en la vida universal de nuestra especie, imperio que se conoce con el nombre de Aysinia. Las costas del Mediterráneo africano, pertenecian en verdad á Roma; pero su poder no habia de ninguna suerte alcanzado á tocar el interior de Africa, allí donde habia pueblos salvajes, errantes, sin jefe, sin ley, sin noción de justicia, dados al robo, reclusos en inmensas soledades, ó en cavernosas grutas, asilo de las fieras; que tienen por lecho el duro suelo, por alimento los dátiles de sus palmeras, por compañeros los tigres y leones: que ven siempre en todo hombre no perteneciente á su raza un enemigo; que el único signo de civilizacion grabado por ellos en el espacio son algunas torres, las cuales les servian como de fortaleza; razas, que aún vagan por las cordilleras del Atlas, por el interior del Africa, á pesar de los muchos civilizadores que han pisado las arenas de sus desiertos desde Omar hasta Almamum, y que aguardan el día, en que una raza mas privilegiada les lleve la luz de la civilizacion, el néctar precioso de la vida, y las levante por una educacion superior del fondo de su barbarie á ser razas humanas, capaces de libertad y de derechos.

Hemos concluido esta revista á los pueblos dependientes de Roma, ó enemigos de Roma. Hemos visto el estado, la situacion de todas las razas. Hemos contemplado cómo en el instante mismo, en que la idea cristiana descendia del cielo para unir el espíritu y fortificar la conciencia de la humanidad, los pueblos se unian, los pueblos se acercaban unos á otros, empujados por las legiones romanas. Todas las ciudades, que habian contribuido á esparcir alguna idea grande y progresiva en la conciencia humana, se unian; Jerusalem, que habia dado la idea de Dios; Atenas, que habia esculpido la idea del hombre; Alejandria, que habia interpretado todas las teogonias del Oriente; Roma, que habia reunido y disciplinado todas las razas de la tierra. El mundo callaba como para oír una verdad que todos aguardaban, que nadie conocia, y que el cristianismo llevaba en su seno. Los profetas paganos sentian que aquel mundo tan inmenso y tan uniforme habia menester un espíritu mas alto de libertad y de justicia. Séneca buscaba sobre los dioses del paganismo, sobre los seres individuales y fraccionados de la naturaleza, sobre los cielos y las estrellas un Dios de jus-

ticia; Lucano, al pulsar las cuerdas de su robusta lira, no pedia inspiracion al genio pagano, que habia iluminado la frente de todos los poetas desde Homero hasta Horacio, sino á un genio inmortal oculto en la conciencia humana; Tácito levantaba sus ojos al cielo pagano, y lo veia como de bronce á las oraciones y á los clamores de los hombres, vacío de toda divinidad, lleno de sombras; Roma no venia en el Panteon, en aquel templo de todos los dioses, una religion, una teogonia, sino trofeos amontonados de sus victorias, señales de su soberania sobre toda la tierra. Y Roma no conocia que su trabajo de unidad, de armonia, no era para sí, no, era para otra idea mas alta, para la idea cristiana.

Hemos visto cómo Roma habia realizado la unidad de la especie humana; atando á su carró los grandes guerreros del mundo antiguo, los españoles, feroces y altivos galos, los dacios y los ilirios, todos los grandes pueblos que se estendian por los Alpes y los Pirineos; hemos contemplado á la ciudad eterna, recibiendo en su alma la inspiracion divina de Grecia, trasformando en su pensamiento la filosofia clásica, pulsando la lira de los antiguos poetas, recojiendo las hojas de laurel que caian de la corona de los dioses y las musas; la hemos visto interpretar los oráculos del Egipto, recojer las ideas de Alejandria, aspirar los aromas de Cyrene, ceñirse la frente de flores en el Asia Helénica; y á pesar de tanta gloria, de tanto poder, de esta soberania inquebrantable y cuasi divina, la hemos contemplado triste, zozobrosa, velando siempre á las orillas del Rhin, del Danubio, del Eufrates, temiendo las nubes que allí se condensaban, cortando el paso á los Germanos, á los Getas, á los Parthos; pero con el triste presentimiento de que su imperio se deshacia, á pesar de su fortaleza, para abrir paso á una nueva humanidad, á otra gran civilizacion. —He dicho.